

atreves á recordarlo siquiera? ¿Te atreves á pedirme tu hijo?... ¡Ah! ¡Es mucho, es mucho! ¿Te atreves?... ¡Oh! ¡Fuera de aquí... miserable! ¡Fuera!

La mujer se acercó al marido, casi risueña; casi vengada ya, y provocándole, irguiéndose, le dijo cara á cara:

—¡Quiero llevarme á mi hijo... y no debe quedarse aquí, en tu casa, porque no es tuyo!... ¿Lo entiendes? No es tuyo, no es tuyo; es de mi amante.

Parent, ya loco, gritó:

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Canalla!

Y ella proseguía:

—No es tuyo, ¡imbécil! Todo el mundo lo sabe menos tú. Su padre, ahí le tienes: mírale y te vencerás.

Parent retrocedió vacilante; luego, bruscamente, cogió una bujía, y entrando en la habitación próxima, volvió al punto, llevando al niño envuelto en las ropas de la cuna.

El niño, sobresaltado con el brusco despertar, lloraba. Parent, entregándoselo á la madre, sin decir una palabra más, la empujó violentamente hacia la puerta, luego hacia la escalera, donde Limousin aguardaba ya prudentemente.

Cerró, echando la llave y los cerrojos, y al entrar en la sala, cayóse desplomado sobre el suelo.



II

PARENT vivía solo, enteramente solo. Durante las primeras semanas que siguieron á la separación, el aturdimiento de su vida nueva no le permitió hacer muchas reflexiones. Andaba por las calles vagabundo, como cuando era soltero; comía en un restaurant. Para evitar el escándalo, señaló á su mujer una pensión, formalizando notarialmente su compromiso. Pero, poco á poco, el recuerdo del niño turbaba su pensamiento. Con frecuencia, cuando estaba solo en casa por las noches, le parecía oír la voz de Carlitos que le llamaba «papá». Su corazón latía muy angustiosamente, y el pobre hombre, levantándose, abría la puerta de la escalera, para ver si por acaso el niño había vuelto. Sí; era posible que volviera solo, como vuelven los perros y las palomas... ¿Por qué había de tener un niño menos instinto que una bestia? Convencido de su error, volvía á sentarse en una butaca, pensando en la criatura. Meditaba durante horas enteras, durante días enteros. No era solamente una obsesión moral; era también una obsesión física, una necesidad material, nerviosa, de besarle, de tenerle, de opri-

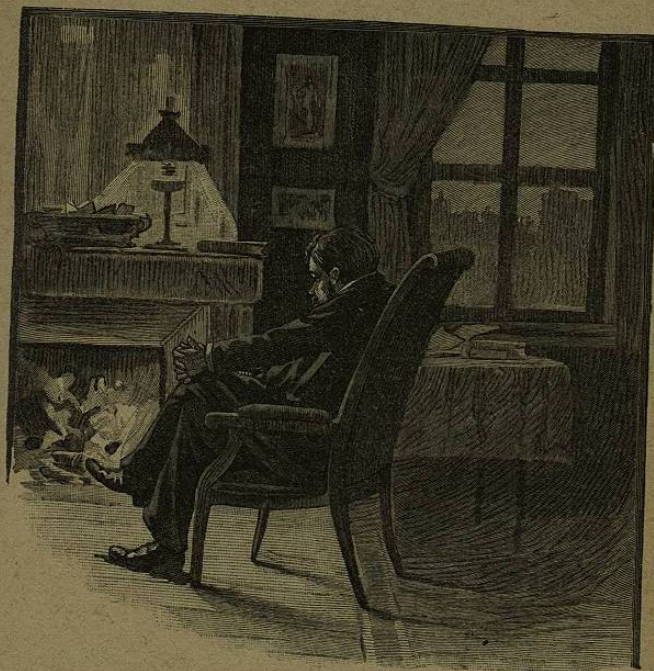
mirle, de sentarle sobre sus rodillas y hacerle saltar. Exasperábale mucho el recuerdo febril de las caricias pasadas. Sentía los bracitos rodeando su cuello; la boquita, besando ruidosamente su barba; los cabellos rubios, haciéndole cosquillas en su rostro. El deseo de aquellos dulces halagos perdidos, la piel suave, sonrosada y tibia, donde puso con placer sus labios, le enloquecían como el deseo de una mujer adorada que huye.

De pronto, en la calle, no podía contener su llanto, acordándose del pequeño que saltaba y corría junto á él. Ya en su casa, con la cabeza entre las manos, lloraba toda la tarde.

Veinte veces y cien veces en un día se hizo la misma pregunta: ¿Era ó no era el padre de Carlitos? Pero, sobre todo, por la noche, le obsesionaba esa idea con razonamientos interminables. Apenas acostado, repetía sin cesar la misma serie de reflexiones desconsoladoras.

Al principio no dudaba: el niño era seguramente de Limousin, como había confesado Enriqueta. Pero más adelante, poco á poco, empezó á dudar. Seguramente las palabras de su esposa no tenían valor. Ella quiso provocarle, desesperarle. Y, pesando el pro y el contra, fríamente, no era descabellado suponer que su afirmación fué un embuste.

Acaso Limousin hubiese dicho la verdad. Pero ¿cómo preguntárselo, cómo decidirle á confesar?



Algunas veces, Parent, despertando á media noche, se decidía de pronto á buscar á Limousin, á rogarle, á ofrecerle cuanto quisiese, para poner término á tan abominable angustia. Luego se descomponía, desesperando, suponiendo que también mentiría el amante. Mentiría, seguramente, para impedir que el padre verdadero recobrase al niño.

¿Qué hacer? ¡Nada!

Y se desconsolaba por haber precipitado brutalmente los acontecimientos, por no haberlo reflexionado con calma, por no haber sabido esperar, fingiendo, durante un mes ó dos, para convencerse y enterarse por sus propios ojos. Debió fingir que no sospechaba y dejarlos que dulcemente confesaran sin saberlo. Debió esperar ocasión en que Limousin acariciase al niño; esto le bastaría para saber la verdad; un amigo no besa como un padre. Los hubiera observado, escondiéndose detrás de las puertas. ¿Cómo no se le ocurrió esto? Si Limousin, á solas con el niño, no le hubiese cogido en brazos, oprimiéndole, besándole apasionadamente, si le hubiese dejado jugar con indiferencia, sin ocuparse de él, ya no era posible dudar; en ese caso no era, no se creía, no se sentía padre.

Y entonces Parent, separándose de la madre, hubiera conservado al hijo, y hubiera sido feliz con él; todo lo feliz que pueda ser un hombre.

Se revolvía en la cama, sudoroso y torturado, queriendo recordar cómo trataba Limousin al niño. Pero no recordaba nada, absolutamente nada: ningún gesto, ninguna mirada, ninguna palabra, ninguna caricia sospechosa. La madre tampoco se ocupaba mucho de Carlitos. Si fuera hijo del amante, sin duda le quisiera más.

Sin duda le separaron del niño por venganza, por crueldad, en castigo de la sorpresa.

Y Parent resolvíase á salir al amanecer para formular en el Juzgado, lo antes posible, su reclamación, decidiendo que le devolvieran á su Carlitos.

Pero, apenas resuelto, le invadía la certeza de lo contrario. Habiendo sido Limousin desde el primer día el amante de Enriqueta, el amante adorado, ella debió entregarse á él con toda su alma, con todo el abandono y el amor que hacen madres á las mujeres. La reserva fría que mostraba siempre la esposa en sus relaciones íntimas con el marido, no era tampoco un obstáculo para suponer que no pudo fecundarla su caricia.

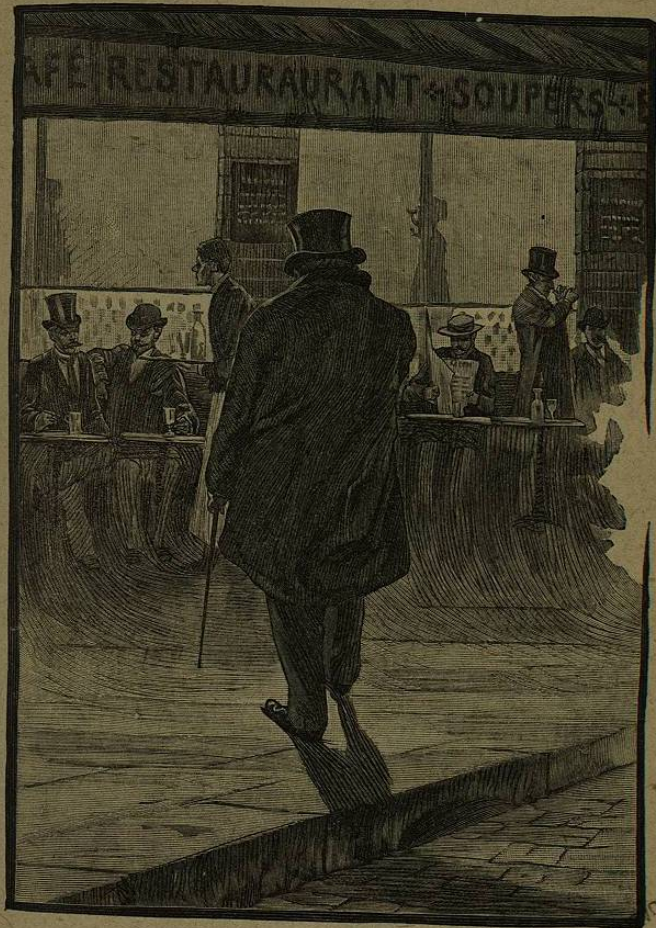
Luego se proponía reclamar tener á su lado constantemente y cuidar al hijo de otro. No podría mirarle, besarle, oírle decir «papá», sin que le hiriera un pensamiento desgarrador: «¡No es hijo mío!» Se condenaba para siempre á un suplicio eterno, á una vida miserable. No; era más prudente estar solo, vivir solo, envejecer solo, morir solo.

Y todos los días, todas las noches, comenzaban de nuevo esas abominables vacilaciones y esas torturas, que nada podía calmar ni vencer. Al acercarse la noche temía la obscuridad, la tristeza del crepúsculo; una lluvia de tristeza, un torrente de amarguras, anegaban y enloquecían su corazón con los últimos reflejos de la tarde. Tenía horror de sus pensamientos, como si fueran sus más encarnizados enemigos, y huía de sus reflexiones, como huye una

bestia perseguida. Temía, sobre todo, su hogar desierto, siempre obscuro y terrible, y las calles solitarias, donde sólo brilla, de trecho en trecho, una luz de gas, donde el transeunte aislado, que se oye venir desde lejos, parece un ladrón que nos persigue ó sale al encuentro.

Parent, á su pesar, por instinto, buscaba lugares bien alumbrados y concurridos. La luz y la muchedumbre le atraían, le ocupaban, aturdiéndole. Se fatigaba de andar, de vagar entre la multitud, y cuando los transeuntes eran menos y las calles aparecían más silenciosas, el terror de la soledad empujábale hacia un café concurrido, bullicioso, lleno de luz. Sentado junto á una mesita redonda, pedía un bock, y lo bebía lentamente, inquietándose cada vez que alguien se levantaba para irse; hubiera querido cogerle del brazo, retenerle, rogarle que se quedara un rato más; de tal modo temía la hora en que, saliendo por grupos todos los concurrentes, le dejaban solo, y un mozo le decía con voz áspera: «Caballero, que vamos á cerrar.»

Porque todas las noches era el último que se iba. Veía recoger las sillas, cubrir los divanes, apagar uno tras otro los mecheros del gas: todos menos dos, el de su mesa y el del mostrador. Veía con ojos doloridos al encargado, que ya contaba el dinero y echaba la llave al cajón; y al fin se iba, casi empujado por los mozos, los cuales murmuraban: «¡Qué



pesadez de hombre! Cualquiera diría que no sabe dónde acostarse.»

Y en cuanto ponía los pies en la calle oscura, comenzaba á pensar en Carlitos, y á barrenar el magín, y á retorcer sus pensamientos para descubrir si era ó no era padre de aquella criatura.

Fuese acostumbrando á pasar horas y horas en una cervecería, confundido con los impenitentes bebedores que forman un público familiar y silencioso, donde el denso humo de las pipas adormece las inquietudes, mientras la cerveza pastosa embota el espíritu y calma el corazón.

Allí vivía. En cuanto se levantaba de la cama, íbase allí á sentarse cerca de personas, en las cuales podía entretener sus miradas y sus pensamientos. Por no moverse, decidióse á comer allí. Hacia el medio día, golpeaba suavemente la mesa de mármol con la copa de cristal, y el mozo le llevaba un cubierto; después del postre, sorbía lentamente su café con los ojos fijos en la botella del aguardiente, que le proporcionaba más tarde una hora de feliz embrutecimiento. Primero humedecía sus labios en el coñac paladeándolo; después, lo saboreaba, lo vaciaba despacito, casi gota por gota, levantando la cabeza, bañando con el fuerte licor su paladar, sus encías, toda la mucosa de sus carrillos; mezclábalo con abundante saliva, que segregaban sus glándulas, excitadas por el alcohol, y luego lo tra-

gaba con recogimiento, sintiéndolo deslizarse por la garganta y resbalar hasta el estómago.

Después de cada comida tomaba poco á poco, durante más de una hora, tres ó cuatro copitas que le adormecían suavemente. Inclínaba la cabeza sobre el vientre cerrando los ojos. A media tarde los abría, tendiendo la mano hacia el bock de cerveza que un mozo había colocado junto á Parent. Luego se removía un poco sobre el diván de terciopelo encarnado, se levantaba la cintura del pantalón y estiraba el chaleco, para cubrir la camisa que aparecía entre uno y otro; cogía de nuevo los periódicos de la mañana.

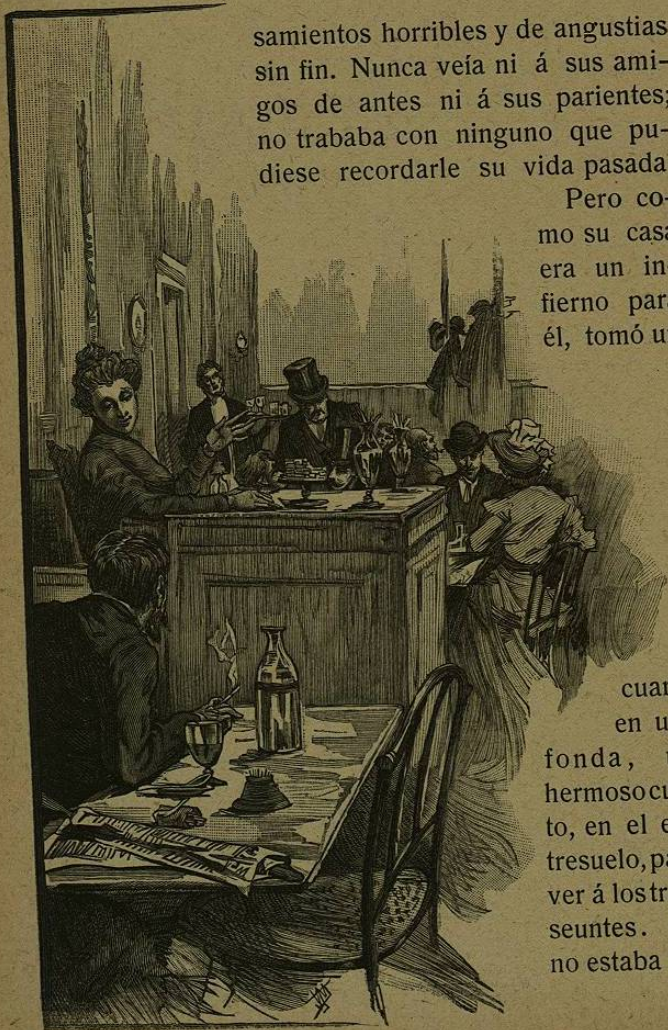
Repetía su lectura del principio al fin, hasta los anuncios, la cotización de la Bolsa y los programas de los teatros.

De cuatro á seis, daba un paseo por los bulevares, para refrescarse un poco, según decía Parent; luego volvía, ocupando el mismo sitio de siempre, y tomaba su ajénjo.

Hablando con algunos parroquianos, comentaban las últimas novedades, los sucesos y la política; todo esto hasta la hora de comer. La noche la pasaba como los primeras horas de la tarde; no salía de allí hasta que le avisaban para cerrar. Era el momento terrible; no había más remedio que sumergirse en la obscuridad, entrar en la casa desierta, guardadora de recuerdos azarosos, de pen-

samientos horribles y de angustias sin fin. Nunca veía ni á sus amigos de antes ni á sus parientes; no trababa con ninguno que pudiese recordarle su vida pasada.

Pero como su casa era un infierno para él, tomó un



cuarto en una fonda, un hermosocuarto, en el entresuelo, para ver á los transeuntes. Ya no estaba so-

lo; en aquel establecimiento público sentía removerse á su alrededor á cuantos allí vivían; oía conversaciones á través de los tabiques; y cuando sus antiguas preocupaciones le hostigaban demasiado cruelmente junto á su cama entreabierta ó junto á su chimenea solitaria, asomábase á los largos corredores, paseando frente á tantas puertas cerradas, mirando con tristeza el calzado puesto delante de cada puerta: zapatitos de mujer junto á fuertes botas de hombre; y pensaba que muchas parejas felices dormían dulcemente, abrazados el uno al otro, entre el calor de las mantas.

Cinco años transcurrieron así; cinco años aburrido y sin otra variación que los amores de una hora por dos luises, de vez en cuando.

Pero un día, mientras daba su acostumbrado paseo entre la Madelaine y la calle Drout, fijóse de pronto en una mujer que iba delante y cuya figura le dió algo que pensar. Un caballero alto y un niño la acompañaban. Parent se preguntó: «¿De dónde recuerdo á esa gente?» Y de pronto la reconoció por un movimiento de la mano: era su mujer, su mujer con Limousin y con su Carlitos.

El corazón del pobre hombre latía con tal violencia, que casi le ahogaba; sin embargo, no se detuvo; quería verlos; iban como un buen matrimonio burgués. Enriqueta se apoyaba en el brazo de Limousin, hablándole dulcemente y volviendo la cara para



mirarle con ternura. Parent la vió de perfil, reconociendo la línea graciosa de su rostro, los movimientos de sus labios, las caricias de su mirada. El niño, sobre todo, le preocupó mucho. ¡Cuánto había crecido y qué robusto estaba! Parent no podía verle la cara, contemplando la hermosa cabellera rubia que le cubría el cuello con rizados bucles. Era Carlitos aquella criatura tan crecida ya, con las pantorrillas al aire, que iba tan formal junto á su madre.

Como se detuvieron ante un escaparate, los vió de pronto á los tres. Limousin estaba muy envejecido, canoso y flaco; su mujer, al contrario: más fresca y agradable que nunca, más bien había engordado; el niño estaba desconocido, ¡tan diferente de antes!

Otra vez se pusieron en marcha. Parent continuó siguiéndolos; después, apresurando el paso, quiso mirarlos cara á cara. Cuando pasó junto al niño, le acometió un deseo, un violento deseo de cogerle y llevárselo entre sus brazos. Le rozó, tocándole como por casualidad, y el niño levantó la cabeza, mirando con disgusto al importuno que le había molestado. Entonces Parent huyó, abatido, perseguido, herido por aquella mirada. Huyó como un ladrón, sintiendo el horrible temor de que pudieran reconocerle su mujer y el amante. No paró hasta llegar á sentarse en la cervecería, donde cayó, abrumado, sobre un diván.

Aquella noche bebió tres ajenjos.

Durante cuatro meses tuvo en el corazón abierta la llaga que le había producido aquel encuentro. Cada noche se le aparecían los tres, felices y tranquilos: el padre, la madre y el niño, paseando por el bulevar, antes de ir á comer á su casa.

Y aquella visión nueva borraba la antigua; era distinta su alucinación, pero tan dolorosa como la de antes. El niño, su Carlitos, á quien adoró tanto, y que le besaba en otro tiempo, desaparecía en un pasado lejano, y veía sólo á la criatura, ya crecida, como á un hermano de aquél; un muchacho con las pantorrillas desnudas, ¡y que no le conocía! Este pensamiento le martirizaba horriblemente. El amor del niño había muerto; ningún lazo quedaba entre los dos; el niño no tendía ya los brazos al verle, y hasta le miraba con disgusto.

Luego, poco á poco, su espíritu se calmó; las torturas mentales ibanse debilitando; la imagen que, apareciendo á sus ojos, turbaba sus noches, fué cada vez menos frecuente y más borrosa. Se dedicó á vivir como todo el mundo, como todos los desocupados que beben cerveza sobre las mesas de mármol y desgastan sus pantalones contra el duro terciopelo rozado que forra los divanes.

Envejeció entre el humo denso de las pipas, perdió su cabello bajo las luces de gas, fueron sus únicas preocupaciones el baño cada semana, el peluquero

cada quince días y la compra de alguna prenda de vestir. Cuando entraba en la cervecería con un sombrero nuevo, se miraba largo rato al espejo, antes de sentarse; se lo ponía y se lo quitaba muchas veces, de varios modos, y preguntaba al fin á su amiga, la señorita del mostrador, que le atendía con mucho interés: «¿Le parece á usted bien?»

Dos ó tres veces al año iba al teatro, y en verano solía pasar algunas noches en un café cantante de los Campos Elíseos. Conservaba en su memoria canciones que luego cantaba mentalmente durante algunas semanas, y que á veces tarareaba, llevando el compás con el pie, mientras permanecía sentado frente á su bock.

Los años pasaban lentos, monótonos y vacíos.

Parent no se daba cuenta del tiempo que le arrastraba hacia la muerte, sin conmoverle, sin agitarle, sentado junto á una mesa de cervecería; y sólo el espejo, donde apoyaba su cráneo, más calvo de día en día, reflejaba los estragos del tiempo que pasa, que huye, devorando silencioso á los hombres, á los pobres hombres.

